

V CERTAMEN

1.º Premio • Año 2003

Tierra Caliente

Alejandro Luque De Diego

MOSAICO CARIBE

Los muertos se dicen de pronto,
y los motores, y el blanco pan
de los hambrientos.

De pronto los caballos alados
se yerguen sobre el agua mansa,
y caen los yelmos con su sangre
así, de pronto.

De pronto el niño deja de serlo
y el viejo no llega a viejo
y la sed es toda la sed, de pronto.

De pronto el pelícano en picado
rompe la ola caliente
y se echa al buche
cinco siglos, nada más, de
espanto.

De pronto palidece el día,
la piel fugitiva es desencuentro,
oscurece el oro y la esmeralda,
y la noche se prende, al fin, de
pronto.

RUMBA

Me subo a la octava capa del
cielo
travestido de yacaré, aferrado
al oro santo de tu piel en celo.

En el eje de la pista me espera
el puro movimiento del peca-
do:
rápidos por mi alma tus pies de
cera.

Y cual si atravesara una mon-
taña
de cuarzo te contemplo, mi
mamita.
tan ajena y tan ¡ay! y tan
extraña.

En tu cintura mi mano animal,

lento aguijón, al escorpión imita.
Trazan tus pasos un aro infer-
nal.

Callan los tambores y queda
helada
mi sombra enorme a ras de la
pared,
la luz trabada en tu mirada de
hada.

M U S A
(Museo Botero, Bogotá)

Pobre del pincel que quiso
regodearse en la bulimia de
Venus,
y por no hallar en la carne hori-
zonte,
de tanto y tanto trasegar la tela
quedóse en tres cerdas no más.

En el azogue de mano, la mirada
de la musa, vacuna y tristonga,
justifica el sacrificio:
fluye el agua tibia y colma

el baño de catastróficos eureka
mientras por los azulejos se
derrama,
infinita, la piel apetitosa de esta
virgen de las alacenas y las confi-
terías

 -llena eres de grasa.
 el furor es contigo-,
bendita tonelada de trementina,
paisa espesa, melancólica cate-
dral.

Sólo la soledad,
ese bolearazo lento y ceñido,
podrá achicarla con su abrazo
inmenso.

NOCHE DE GUERRA EN EL MUSEO DEL ORO

Se ponía la máscara, se transformaba
 en jaguar
y así conseguía percibir las cosas de
 otro modo.
del modo como las ve el jaguar.

MITOLOGÍA KOGUI

Si pudiéramos calzarnos la máscara
y ver las cosas como las ve el
jaguar,
si el tiempo dejara de serpentear
y nos liberara de esta cáscara
de vidrio; si inundaran la vaguada
campanas a rebato, y el metal
fuera carne, y quisiera ese animal

que llevamos dentro empuñar la
espada.

Si cada día alumbrara una gema
la hija del cacique, encinta del
sol.

Si el arrojo que combatió al
español

quisiera subvertir este Sistema.

Si la eternidad no fuera tan
cara.

Si el mundo de abajo se desper-
tara.

entre comensales sin nombre,
masticar la hebra dura de la
yuca,

las aguas turbias del sancocho,
el sabor hostil del cilantro
verde.

Así el mercado escenifica
esta comedia de no comprender
nada,

de perderse en el almizcle de
los días

hasta la hora de levantar el ten-
derete,

y dejar la plaza en un silencio
oscuro

bajo promesa de volver maña-

na.

No es la muerte, sólo su anticipo.
No es el infierno, es su sospecha.

BOGOTÁXI

Lavó tu rostro el polvo de la calle.
La soledad se sentó a tu lado
 sin rozarte apenas
y recorriste el cristal empañado
para que fueran una
 la caricia del aire
y la fusta en los ojos:
la muerte deambulando en las ace-
ras,
los niños sin sueño y sin sombra,
el banco a la intemperie
 que acuna a Dante.

Tu voz tembló al decir las señas
y a los labios te subió un eco
como de sangre o vino amargo.

La ciudad te atravesó
como una procesión a oscuras.
La saludaste con esa tristeza
digna

de un violín roto.
y enfilaste solo la madrugada,
musitando tu rosario de culpas,
abrazado a una maleta vacía.

MERCADO DE CARTAGENA

No es el infierno, es la calle.
No es la muerte, es la tienda de frutas.

F.G.L.

No es la muerte, sino su reverso,
este cotidiano estallido de voces,
prolijo bazar de vértigo y asombro
que abre sus toldos al sol temprano.

Pequeña ciudad de relojes lentos,
baratijas y camisetas flameantes,
miradas de pez rodando por el piso,
insostenibles miradas
de achacoso marino
y mulata desafiante.

Los ágrafos dictan cartas de amor
al pie de podridas olivettis,
la mano diestra viola
cien desprevenidos pesos,

y entre flores licuadas un niño descubre
el milagroso mecanismo de la fruta.

El juego helado, el rico jugo
presto a apagar los incendios de la sed,
ante de almorzar en la tabla sucia.

RENUNCIA DE ANDRÉS CAICEDO

Se van los días, yo me quedo
Apollinaire

El abajo firmante,
en pleno uso y rendimiento de su tinta,
renuncia por la presente a amanecer,
abandona este país de malos y de buenas,
se sube al tren del mito,
 ligero de equipaje.
y echa a rodar por las nubes del Cauca.

Sesenta guijarros de sueño me llevan,
un racimo de sosiego para no ver más
el desdén de las peladas, el furor
canibal del dinero, las horas muertas
en este barrio sin cantores,
ni una derrota más del Deportivo Cali.

Siempre es la noche más rápida
que nuestros pasos, siempre el calendario
se ceba en las pequeñas posesiones.
Lo escrito es pasto de un fuego más tenaz.
Sólo de nuestra muerte somos dueños.

En virtud de esa gracia
y para que conste, aquí me quedo,
o lo que es igual, me voy yendo

Luis Andrés Caicedo Estela
(poeta de atravesados y peliadores.
ángel marchito, gato de la madrugada).